

## ENSAYO

### ***RERUM NOVARUM: CIEN AÑOS DESPUÉS\****

#### **Monseñor George Pell**

A partir de una reseña de los hitos y vicisitudes que marcaron a los pontificados inmediatamente anteriores a León XIII, de las circunstancias que rodearon la promulgación de *Rerum novarum* en 1891 y los sucesos y cambios acaecidos durante este siglo en los distintos campos y en el seno de la Iglesia misma, el obispo George Pell hace una relectura de dicho documento, en la que advierte que éste debe ser considerado en el contexto de una respuesta global a la secularización del espíritu europeo. Subraya, a la vez, su enorme gravitación, así como la plena vigencia de los criterios allí contenidos para juzgar la vida económica y social en nuestros días. Finalmente, el obispo Pell se refiere a la obra y figura de Juan Pablo II y plantea los desafíos que, a su juicio, deberá afrontar ahora la Iglesia tanto en las naciones occidentales como en los países en desarrollo de América Latina y el Tercer Mundo.

MONSEÑOR GEORGE PELL. Ph. D., Universidad de Oxford; M.A. en Educación, Monash University (Melbourne, Australia) y Licenciado en Teología, Universidad Urbana, Roma. Monseñor Pell nació en Australia el año 1941; en 1966 fue ordenado sacerdote y en 1987 consagrado obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Melbourne. Autor de numerosos artículos en diversas publicaciones, ha sido asimismo profesor visitante, entre otras universidades, en Oxford (Campion Hall) y en Cambridge (Saint Edmund's College). Miembro de la Congregación Vaticana para la Doctrina y la Fe y del Pontificio Consejo de Justicia y Paz.

\*Publicado originalmente en la serie *the Boston Conversazioni* (© Trustees of Boston University, 1992). Su traducción del inglés y reproducción en esta edición cuentan con la debida autorización.

Es evidente que la enseñanza social de la Iglesia Católica sigue teniendo hoy una enorme relevancia en la vida pública, aun cuando la población, en su gran mayoría, no esté consciente de la evolución histórica de ese Magisterio ni de la cabal extensión del mismo. Ocurre en ocasiones que las influencias intelectuales de largo alcance, y las más persistentes, son subestimadas por quienes están más expuestos a su influjo.<sup>1</sup> Transcurrido un siglo desde que fuera promulgada, la encíclica *Rerum novarum* del Papa León XIII constituye un ejemplo preeminente de esa influencia generalizada y perdurable.

*Rerum novarum* fue la culminación de casi medio siglo de reflexión del catolicismo en torno a los logros y miserias de la Revolución Industrial. En este sentido, fue bastante más que la réplica oficial del catolicismo al desafío planteado por Marx, Engels y el pensamiento socialista, y debe considerársela en el contexto más amplio de una respuesta global a la Ilustración y a la Revolución Francesa. La Ilustración combatía los privilegios, las tradiciones y la idea de autoridad; ensalzaba la razón y la cualidad perfectible de la humanidad; era, en términos generales, contraria a la religión y, específicamente, al catolicismo, aunque no siempre se mostró proclive al ateísmo, pues incluía algunas vertientes importantes de la tradición deísta. Si bien es cierto que en buena medida estuvo restringida a una élite intelectual, derivó de todas formas en lo que Owen Chadwick ha descrito como la secularización radical del espíritu europeo.<sup>2</sup> Es evidente, pues, la conexión entre la Ilustración y los ideales de "libertad, igualdad y fraternidad" que profesaba la Revolución Francesa en 1789. Más problemática resulta esa otra conexión del pensamiento ilustrado con el lado oscuro de la Revolución y con buena parte de su horrenda progenie en la historia reciente: por ejemplo, con la violencia revolucionaria de un Lenin y un Stalin, con los crímenes maoístas del "gran salto adelante" y la etapa de la Revolución Cultural, y con el legado de los estalinistas parisinos que entrenaron a Pol Pot con miras al posterior genocidio camboyano.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Para un interesante comentario acerca de la deuda, con suma frecuencia no reconocida, de Occidente con el pensamiento cristiano, véase L. A. Siedentop, "Liberalism: The Christian Connection", *The Times* (Londres) *Literary Supplement*, 24 al 30 de marzo, 1989, p. 308.

<sup>2</sup> Owen Chadwick, *The Secularization of the European Mind in the Nineteenth Century* (Cambridge: Cambridge University Press, 1975).

<sup>3</sup> Coleridge diagnosticó el impulso inevitable del ateísmo jacobino hacia el despotismo y la urania. Véase Michael Casey, "Samuel Taylor Coleridge and Jacobinism", tesis, Monash University, Melbourne, 1989, pp. 62-65.

No es arbitrario afirmar, a estas alturas, que las revoluciones recientemente ocurridas en Europa Oriental y los gérmenes de libertad que hoy florecen en las antiguas repúblicas soviéticas son no sólo un triunfo del espíritu humano y un rechazo total a la filosofía marxista y sus concepciones económicas, sino ante todo el penúltimo golpe al proyecto global de la Ilustración.

Es claro que el comunismo sufrió las presiones y la acción corrosiva de fuerzas externas, pero más importante que todas ellas fue su desplome interno. Ocurrió, sencillamente, que el pueblo dejó de creer en sus propuestas; que la economía arribó a un callejón sin salida y que un número cada vez mayor de hombres y mujeres les negó su lealtad a regímenes amparados en la mentira sistemática y la violencia organizada. La caída del comunismo ha asestado un golpe contundente al mito surgido con la Ilustración de que el progreso es inevitable, que la expansión de la naturaleza humana no tiene límites, que es posible —o un deber— ignorar las tradiciones y que la razón humana es todopoderosa. Es, al mismo tiempo, una prueba de que sin una sustentación en la religión es muy difícil, si no imposible, que el altruismo florezca y perdure, y pueda refrenar el egoísmo y las debilidades del ser humano. Parece imposible que ello pueda lograrse, en verdad, cuando no existe la creencia en un Ser Supremo inteligente y benigno, presto a recompensar y castigar y, hasta cierto punto, a expiar y compensar los peores sufrimientos humanos.

Y si es efectivo que la caída del comunismo representa, en algún sentido, el desenlace último de la Revolución Francesa, puede que la publicación de *Rerum novarum* en 1891 marcara el principio del fin, tras un siglo de radicales cambios políticos, económicos y sociales, a los que el Vaticano se opuso siempre con vigor, aunque no siempre con sabiduría.

En muchos sentidos el siglo diecinueve constituyó un desastre político e intelectual para la Iglesia Católica en toda Europa. Comenzó ciertamente mal, con la muerte del Papa Pío VI —que había condenado de manera terminante la Revolución— en Valence el año 1799, como prisionero de Francia, país que había ocupado los Estados papales. Su sucesor, Pío VII, fue también hecho prisionero, esta vez por Napoleón, que asumió al mismo tiempo el control total de la península itálica y designó rey de Roma a su joven vástago. Tras la derrota de Napoleón en Waterloo, el Cardenal Ercole Consalvi, Secretario de Estado del Vaticano, negoció exitosamente en el Congreso de Viena la devolución de los Estados papales, excepto Avignon y Venaissin. A diferencia de la mayoría de los Papas durante el siglo diecinueve, Pío VII consiguió, en virtud de su moderación en la esfera política, reforzar la autoridad internacional del papado tras la fase de agitación revolucionaria.

El Papa Gregorio XVI fue elegido tras un arduo cónclave de cincuenta días, con el apoyo del Príncipe Metternich, que anhelaba un Pontífice capaz de rehuir "la locura política de la época". Metternich no quedó decepcionado. Gregorio se enfrentó a varios levantamientos armados en los Estados papales, que habrían de seguir ocurriendo a lo largo de todo su pontificado y debieron ser contenidos con la ayuda de costosos ejércitos foráneos. El Pontífice detestaba a los sectores revolucionarios y, en *Miran Vos* (1832), se opuso a la libertad de conciencia, a la libertad de prensa y a la separación de la Iglesia y el Estado. El próximo Papa, y el predecesor inmediato de León XIII, continuó esta tradición política. Pío IX, que rigió entre 1846 y 1878, el pontificado más largo de la historia, ejerció su mandato sobre una Iglesia cuyos progresos estrictamente religiosos durante este período se vieron contrarrestados por gravosas pérdidas en lo político y por su declarada intransigencia en lo intelectual. Su popularidad inicial se diluyó rápidamente, al negarse a la conformación de un gobierno constitucional y a intervenir en la guerra para expulsar a Austria de la península. Su Primer Ministro fue asesinado en las escalinatas del Palacio de la Cancillería, y el propio Pontífice hubo de huir al sur y refugiarse en las costas de Gaeta, desde donde apeló, con éxito, a la ayuda francesa para restaurar el gobierno clerical. El 12 de abril de 1850 entró de nuevo en Roma. Sus flirteos con el liberalismo habían concluido e instauró un régimen estricto, hostil a las aspiraciones nacionales italianas, que excluyó a los sectores cultivados, en casa y en el exterior. Camilo Cavour, Ministro de Piemonte, sacó provecho de esas debilidades y, tras derrotar a los ejércitos del Pontífice en Castelfiardo en septiembre de 1860, anexó todos los dominios papales al reino de Italia, exceptuando Roma, poniendo fin a once siglos de gobierno eclesiástico.

Pío IX jamás aceptó esta situación, y luego de autoproclamarse prisionero no volvió a abandonar el Vaticano, lo cual se convirtió en una tradición papal, interrumpida únicamente por las visitas de Pío XII a los suburbios romanos tras el bombardeo aliado durante la Segunda Guerra Mundial, hasta que Juan XXIII realizó varias romerías por el país y Paulo VI inició los viajes papales a ultramar, los que Juan Pablo II ha proseguido incansablemente y con tan espectacular acogida de los pueblos visitados.

Conocido por sus oponentes como "Pío No-No", Pío IX inspiró gran lealtad entre sus súbditos católicos de todo el mundo. Yo nací en la pequeña ciudad rural del Ballarat, en Victoria, Australia. En 1873, al bendecirse la primera iglesia de piedra laja con carácter permanente, el pergamino depositado frente a la piedra fundacional estaba dedicado a "Pío IX, Pontífice Soberano que rigió a la Iglesia con acierto y sabiduría, en un mar de tribulaciones". Esta proclama en los confines de la Tierra no era en ningún

caso atípica, aun cuando hoy podamos afirmar, con toda justicia, que su pontificado fue un desastre en términos políticos. El pontificado de Pío IX coincidió a su vez con una regeneración espiritual persistente, y en ocasiones espectacular, en muchos lugares, especialmente en el mundo de habla inglesa. Un hecho que para mí —un joven sacerdote que recibió los hábitos inmediatamente después del Concilio Vaticano Segundo y que estaba comprometido a fondo con sus reformas de signo liberal— resultaba en extremo enigmático y ciertamente impactante. ¿Cómo podía ser que la intransigencia oficial hubiera coincidido con tan genuina reactivación de la fe, y contribuido incluso a que ella aflorara?

El término "intransigente" no resulta demasiado fuerte a la hora de calificar el programa religioso y la posición política de Pío IX. A fines de 1854, el Papa definió el dogma de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, estipulando que María, la Madre de Dios, fue concebida y nació sin pecado original. Esto dio nuevos ímpetus a la devoción mariana en el seno del catolicismo, la que se vio reforzada posteriormente por las apariciones de 1858 en Lourdes, en el sur de Francia. Y lo que es más importante para nuestros propósitos, en 1864, tras la encíclica *Quanta cura*, Pío IX denunció los ochenta errores fundamentales de la época en su *Syllabus* de errores, que refutaba, entre otras, la idea equivocada de que el Papa "podía o debía reconciliarse, o estar de acuerdo, con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna" (Nº 80). También se condenaba la separación de la Iglesia y el Estado (Nº 55) y la noción de que "la abolición del poder temporal del que está investida la Sede Apostólica podría contribuir enormemente a la libertad y a la prosperidad de la Iglesia" (Nº 76).

Mucho más importante, en el largo plazo, fue su convocatoria del primer Concilio Vaticano en 1870. El Vaticano I no concluyó su tarea, pero sí alcanzó a establecer la infalibilidad del Papa, es decir, el dogma de que el Santo Padre, cuando enseña en su calidad de cabeza visible de la Iglesia y en su deseo de unir a todos los fieles, imparte enseñanzas inequívocas en materia de fe y moral. Esta afirmación categórica fue considerada como un desafío claro al racionalismo y al espíritu antijerárquico y contrario a la tradición que caracterizaba al materialismo cientificista y al liberalismo de la época. Pío IX no dio tregua a sus oponentes, pero, al final, no obtuvo demasiado a cambio. A su muerte, cuando su cadáver era trasladado a un nuevo lugar de reposo en 1881, una turba romana de inspiración anticlerical interrumpió la procesión e intentó arrojar el cuerpo al Tíber.

Desde el punto de vista intelectual y político, Pío IX fue contrario y hostil a muchas de las principales fuerzas dominantes en la Europa decimonónica. Pese a ello, los tiempos requerían de nuevos enfoques, y los

cardenales reunidos para determinar a su sucesor optaron por un pontificado más breve, capaz de llevar adelante cambios moderados. Gioacchino Vincenzo Pecci estaba muy debilitado y tenía ya sesenta y ocho años cuando fue proclamado León XIII en 1878. Nadie esperaba que estuviera demasiado tiempo a la cabeza de la Iglesia. Al final, ocupó el trono de San Pedro durante un cuarto de siglo, hasta su muerte en 1903. Su carrera sacerdotal había seguido un derrotero que hoy está vedado a los clérigos modernos. Poco después de su ordenación, el Papa Gregorio XVI lo nombró delegado apostólico (o gobernador) en Benevento, y luego en Perugia, donde probó ser un administrador muy capaz y muy popular, que se opuso a los liberales, luchó contra los bandoleros locales e introdujo mejoras económicas, incluido un banco para que los granjeros depositaran sus ahorros. En 1843 fue designado Nuncio papal en Bélgica por un período de tres años, en su único contacto prolongado con la Europa industrial, y quedó hondamente conmovido por la miseria de los trabajadores en las minas y las fábricas. En 1846 fue nombrado arzobispo de Perugia, donde permaneció, prácticamente, hasta que asumió el pontificado, se dice que a instancias del Cardenal Giacomo Antonelli, el último cardenal laico y posterior Secretario de Estado de Pío IX. Las cartas pastorales que escribió el Arzobispo Pecci durante sus últimos años en Perugia concitaron gran atención. En ellas proponía que la Iglesia se sumara a la corriente de la civilización moderna, una noción que luego expuso en su primera encíclica, *Inescrutabili Dei Consilio*.

La elección cardenalicia en el cónclave fue un voto a favor de un cambio explícito, aunque moderado, en las políticas de Pío IX, lo que habría de tener una importancia crucial para la enseñanza social de la Iglesia, por la que hoy se recuerda, fundamentalmente, a León XIII. Tenía ochenta años cuando comenzó a trabajar en *Rerum novarum* y llevaba, para entonces, doce largos años intentando fijar un nuevo curso para la Iglesia. Con todo, no impulsó un giro completo en las políticas de Pío IX. Prosiguió con los ataques al socialismo, el comunismo, el nihilismo y la francmasonería. Anhelaba, además, la restitución de los Estados papales y renovó la prohibición de que los católicos participaran en las elecciones italianas, para gran detrimento de la influencia católica. Previamente había manifestado su respaldo a la filosofía de Santo Tomás de Aquino, estimando que era particularmente apropiada para la Iglesia como útil en la batalla contra el liberalismo. León XIII renovó el afán de Pío IX por fortalecer la autoridad de la Santa Sede, desde ya vigorizada por la declaración de la infalibilidad papal y asistida por los avances en las comunicaciones y el declive de la autoridad política local de los obispos en toda la Europa continental. Apoyó el papel de los nuncios papales y alentó a varias órdenes religiosas para que establecieran sus sedes centrales en Roma.

Escribió ochenta y seis encíclicas, en lo que representa el aporte más significativo al Magisterio de la Iglesia desde la Edad Media. Hacia 1890 había no sólo anunciado su programa de acomodo condicionado a la era moderna, sino definido a la vez las distintas esferas de los poderes temporales y espirituales, proclamado su aprobación condicional a la democracia y sostenido que la Iglesia es, ciertamente, el custodio de la libertad, esta última bien entendida. La Iglesia no era hostil a ninguna forma de gobierno que buscara el bien común, y se instaba a los católicos a participar en la vida política y a valerse de la prensa y el sistema parlamentario para difundir los valores cristianos. En fecha tan temprana como 1880, había redactado un texto en apoyo de la concepción cristiana de la familia. En 1888 reiteró la oposición de la Iglesia a la esclavitud, como había quedado ya establecido a contar de la segunda mitad del siglo XV.

Aun cuando *Rerum novarum* es la encíclica social más renombrada y la más importante de León XIII, constituye sólo una parte de su obra total compuesta de doce encíclicas sociales. No obstante su subtítulo, "Sobre la condición de las clases trabajadores", se trata de un documento, en rigor, de alcance bastante mayor. Su título, *Rerum novarum* ("Sobre la nueva situación"), indica el amplio espectro de este texto marcatorio de una época. El Santo Padre trazó los principios básicos que habría de contener, y el Cardenal Tommaso Zigliara redactó el primer borrador. Posteriormente éste fue revisado bajo las instrucciones papales, corregido después por Zigliara y, finalmente, corregido por el propio León XIII. El Cardenal Henry Manning, de Inglaterra, hizo la traducción al inglés.

La encíclica es uno de los pocos ejemplos, en la historia reciente del pontificado, en que una contribución fundamental al Magisterio de la Iglesia surge, en parte, como respuesta a la situación social de los católicos de habla inglesa, tan distinta de la que vivían sus congéneres de la Europa continental. Por aquella época, la mayoría de los católicos angloparlantes de raza blanca pertenecía a la clase trabajadora, una mayoría originaria de Irlanda, donde los católicos recién se emanciparon en 1829 y donde la pobreza y la ignorancia eran males endémicos y, a ratos, catastróficos, como lo fue la hambruna de fines de la década de 1840. Prácticamente la totalidad de los sectores católicos angloparlantes era ajena a las élites gobernantes, no sólo por las diferencias de clase sino en virtud de su trasfondo étnico. Si el clero católico había de mantenerse en estrecho contacto con su grey, era políticamente imprescindible que éste se compenetrara explícita y articuladamente con las grandes masas de obreros industriales y sus sindicatos, y hay pruebas manifiestas de que la experiencia de Norteamérica influ-

yó en la actitud papal hacia la actividad de los sindicatos. En 1873 los sectores obreros fundaron en los Estados Unidos una organización llamada los "Knights of Labor", la cual, a causa de la legislación hostil a sus fines, funcionaba de hecho como un sindicato obrero clandestino. Ello provocó ciertos problemas a los sectores católicos, a los que se les prohibió el ingreso a sociedades secretas. A mayor abundamiento, la entidad mencionada había sido presidida por un francmasón, pero éste fue luego sucedido por un católico de buena posición. En 1886, dicho personero resolvió dirigirse a la asamblea de los obispos norteamericanos. Setenta de los setenta y cinco obispos allí presentes se declararon a favor del sindicato, y el Cardenal James Gibbons, de Baltimore, escribió a León XIII comentándole tan inusual situación.

Inicialmente el Vaticano hizo gala de considerables reservas al respecto, en buena medida porque los "Knights of Labor" habían sido ya condenados en Canadá. El viaje a Roma de una delegación de tres obispos estadounidenses se tradujo en un requerimiento formal del Vaticano al Cardenal Gibbons para que elaborara un informe. El 10 de febrero de 1887, en una amistosa si bien intrascendente recepción oficial, Gibbons presentó su informe al Papa. Ahí hablaba de una sociedad amenazada por "la avaricia, la opresión y la corrupción". Señalaba "no sólo el derecho de las clases trabajadoras a protegerse a sí mismas", sino el deber de todo el pueblo de ayudarlas. León XIII optó por garantizar la existencia de los Knights, siempre que algunas de sus reglas fueran modificadas para expurgarlas de un cierto matiz comunista. Poco después, los Knights se disolvieron y fueron sustituidos por la American Federation of Workers. Esta temprana decisión vaticana en favor de la tolerancia se debió en buena medida al Cardenal Gibbons, y reflejaba claramente las actitudes de otros importantes prelados en el mundo de habla inglesa. En Inglaterra, por ejemplo, el Cardenal Manning intervino en favor de los estibadores durante la huelga de 1889, y el exitoso acuerdo a que condujo su gestión llegó a ser conocido como "la paz del Cardenal". En Australia, el Cardenal Patrick Francis Moran, de Sydney, apoyó, a su vez, a los trabajadores marítimos durante la huelga de 1890.

En 1864, catorce años después de restablecida la jerarquía católica en Inglaterra y del escándalo que había suscitado la provocativa carta pastoral del Cardenal Nicholas Patrick Wiseman, *From the Flaminian Gate*, el propio Wiseman justificó la elección de Westminster como sede episcopal, señalando que estaba cerca de los "laberintos ocultos de los callejones y los patios, de las callejuelas menores y las barriadas pobres", donde bullía una



gran muchedumbre, en la que había muchos católicos nominales, "en oscuros rincones y sucias guaridas".<sup>4</sup>

No quiero decir con esto que únicamente los socialistas de la época y los católicos angloparlantes se preocuparon por las penurias de la clase trabajadora. En rigor, el movimiento metodista en pleno puede considerarse, ciertamente, un contrapunto al impacto social de la Revolución Industrial en Inglaterra. William Wilberforce, un hombre muy fervoroso dentro de la tradición evangélica, luchó en el Parlamento británico desde 1780, nueve años antes de la Revolución Francesa y sesenta y ocho años antes de la publicación del *Manifiesto Comunista*, por la abolición de la esclavitud en los confines del Imperio Británico, un objetivo que habría de conseguir recién en 1830. Y la figura dominante en la legislación sobre la industria británica, que buscaba poner límite a los horrores asociados a la fase temprana del industrialismo, fue Lord Shaftesbury, otro cristiano notable. Pero las raíces filosóficas de *Rerum novarum* no se hallan ni en el catolicismo anglófono ni en el socialismo. La nueva actitud papal hacia los sindicatos representó una opción a favor de un curso de acción que fue a un tiempo sabio, compasivo y, desde luego, cristiano, pero no cabe afirmar que el apone de los sectores católicos norteamericanos hubiese suscitado una nueva teoría social de la Iglesia Católica.

El planteamiento de León XIII se halla enraizado, en parte, en un terreno algo más profundo, remontándose en el tiempo a una época anterior al propio Jesucristo, y apela, en sus fundamentos, al derecho natural, que San Pablo recogió a su vez de los estoicos y cuya expresión más elevada se encuentra en Santo Tomás de Aquino. De raigambre antigua, asimismo, es la defensa cristiana de la familia que León XIII propuso. Naturalmente, al referirse al trabajo asalariado en la era posterior a la Revolución Industrial, recurrió a fuentes contemporáneas, como los escritos de Antoine Frédéric Ozanam y del obispo Wilhelm von Ketteler, de Mainz.

En *Rerum novarum*, el Pontífice se propuso explícitamente "refutar las opiniones engañosas" y abordar el problema que supone la condición de los trabajadores, para "dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la ínfima clase, ya que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa". Condena la codicia y la usura rapaz, pero defiende el derecho individual a la propiedad privada con tanta o mayor elocuencia que la que exhibe al oponerse al socialismo y la propie-

<sup>4</sup>B. A. Santamaría, "Marxism and Catholicism", en *Australia at the Crossroads: Reflections of an Outsider* (Melbourne: Melbourne University Press, 1987), p. 124.

dad estatal de todos los medios de producción. Subraya la importancia de la familia y reitera con firmeza que los problemas de la sociedad no pueden resolverse sin la ayuda de la Iglesia. Aunque las desigualdades sean inevitables, no hay justificación natural o ética para la hostilidad entre las clases sociales.

La tercera sección de *Rerum novarum* enuncia en términos constructivos el programa de acción social de la Iglesia. León XIII hace hincapié en que es preciso reconsiderar las realidades terrenas a la luz de lo eterno. Y escribe: "Entender en su realidad y apreciar en su justo valor las cosas perecederas es imposible, si no se ponen los ojos del alma en la otra vida imperecedera. Desaparecida la cual, desaparecerá inmediatamente el concepto y verdadera noción del bien y hasta se convertirá este universo en un misterio inexplicable a toda investigación humana" (Nº 32). Pero sería erróneo concluir, a partir de ello, que lo único que le interesaba a la Iglesia era la salvación de las almas: no hay razón alguna para tolerar la pobreza en nuestra vida terrena. Es, por el contrario, una condición negativa, que ha de combatirse ejerciendo la justicia y la caridad.

Más adelante, León XIII señala que es deber del Estado preocuparse por el bienestar de toda la ciudadanía, prestando especial atención al principio de la justicia distributiva. Escribe que es preciso respetar los derechos de cada cual y no menoscabar en ningún sentido al individuo y la familia, pero rechaza el *laissez-faire*. Señala, a la vez, que las huelgas deben en lo posible evitarse. Dice que es necesario refrenar a los sectores revoltosos que auspician cambios revolucionarios, y proteger a las clases trabajadoras de su acción sediciosa. Manifiesta que debe propenderse a un salario justo y a la regulación estatal de las condiciones laborales, y generalizarse la propiedad privada de los medios de producción y garantizarse a los trabajadores un ingreso suficiente para que puedan ahorrar y adquirir bienes y propiedades. La sección final del documento plantea la legitimidad de los sindicatos o asociaciones de trabajadores, y de las diferentes organizaciones eclesiásticas abocadas a la acción social. León quería difundir esperanza entre la gente y poner freno, al mismo tiempo, a los prejuicios y la codicia, pues "la situación de los obreros es la urgencia del momento y nada puede ser del mayor interés, para todos, que el deber de resolverla de manera justa y razonable".

*Rerum novarum* constituye un hito en la doctrina social de la Iglesia. Pero, al releer ahora la encíclica, estoy sorprendido, por no decir desilusionado, al comprobar lo muy conciliadora, razonable y, ante todo, aceptable que resulta buena parte de su contenido. Esta reacción es en sí prueba suficiente de la perdurable influencia de la encíclica en los círculos católicos, y del hecho claro de que el ideario de León se ha transformado con el

tiempo en un pensamiento fundacional, casi un lugar común, dentro de la doctrina social católica.

Personalmente tuve la fortuna de ser criado en un medio en el que había un interés claro no sólo en la política, sino también en la teoría de la justicia social que propone el catolicismo. El obispo y muchos de los sacerdotes y feligreses de la diócesis rural australiana en la que discurrió mi infancia eran todos partidarios de "El Movimiento" de B. A. Santamaría, que inició su accionar en los años treinta y cuarenta y se vio claramente envuelto en la batalla para reducir la poderosa influencia del comunismo en los sindicatos australianos en la época inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Los *groupers*, como se los conocía entonces, fueron expulsados del Partido Laborista Australiano durante el cisma de 1955, lo cual redundó en que dicho partido no consiguiera ganar una elección a nivel nacional durante casi dos décadas.

Siendo un adolescente, recuerdo haber asistido a seminarios sobre el problema de la justicia social y colaborado con el párroco local en la ulterior publicación de la actas que surgían de tales reuniones. Esta cuestión puramente anecdótica, en un confín remoto del mundo de habla inglesa, es otra prueba de la vitalidad asociada a la tradición social del catolicismo que León XIII bendijo con su obra e hizo que se convirtiese en un aspecto fundamental de la vida moderna en todo el orbe. Tuve además la fortuna de que nuestra diócesis fuera sufragánea de un gran arzobispo australiano de origen irlandés, Daniel Mannix (1864-1963), de Melbourne, cuyas intervenciones habituales durante los cuarenta y seis años que duró su episcopado, referidas a ciertas cuestiones del debate público como la libertad de Irlanda, la conscripción durante la Primera Guerra Mundial y la lucha contra el comunismo, hicieron de él una de las figuras más controvertidas de la historia australiana reciente. Después de Ned Kelly, nuestro bien conocido bandolero, el Dr. Mannix es la personalidad que más estudios biográficos ha suscitado en la historia australiana y todavía hoy persiste la controversia en tomo a su singular personalidad, capacidad y realizaciones.<sup>5</sup> Profundamente religioso, con una inusual evolución personal que lo llevó de la oratoria en las aulas a la retórica en la esfera pública, era un individuo reconcentrado, con un mordaz sentido del humor y el encanto propio de los irlandeses, lo cual habría de convertirlo en un héroe para su rebaño y conseguía enfurecer

<sup>5</sup> Compárese el artículo de Timothy O'Leary, "Truth, Justice and the ADB Way: Archbishop Daniel Mannix and the Judgement of History", con el de James Griffin, "Daniel Mannix: A Reply to Timothy O'Leary", *Quadrant*, enero-febrero, 1991, pp. 75-87.

o atemorizar a muchos ciudadanos australianos. Doscientas cincuenta mil personas repletaron la catedral, a su muerte, para rendirle un último tributo en la capilla ardiente donde reposaban sus restos. Mannix pensaba que la Iglesia Católica había reaccionado con lentitud a las oportunidades que se le brindaban de influir públicamente en las democracias industriales y se burlaba abiertamente de los "curas de sacristía", es decir, de los que no se interesaban en la situación política y económica de sus feligreses. Aunque muchas de las actividades que promovió contribuyeron a desdibujar ciertas distinciones útiles entre los ámbitos de la Iglesia y la política, o cuando menos entre el clero y la política, su propia historia, y la de Santamaría y sus seguidores, representan una variante interesante en las actividades de posguerra desarrolladas por la Democracia Cristiana en Europa, sin paralelo en otros países anglófonos.

La influencia e importancia de *Rerum novarum* es reconocida con frecuencia. Michael Novak, por ejemplo, piensa que, "globalmente considerado, el breve tratado de León XIII, de apenas treinta páginas, es prístino, equilibrado y muy elocuente. El texto dio ímpetu a las fuerzas proclives a las reformas. Y, quizás lo más importante, marcó la recuperación del intelecto católico y de su confianza en sí, y demostró, una vez más, que la fe católica no ha de reducirse a la sacristía sino encarnarse en la esfera económica y política".<sup>6</sup> La novedad e importancia de la oportuna carta de León se advierten fácilmente cuando se la compara con anteriores escritos y actividades papales durante el siglo diecinueve.

A diferencia de la mayoría de las encíclicas modernas, *Rerum novarum* iba dirigida, ante todo, a los obispos, es decir, a los congéneres del propio León, antes que a los laicos católicos o a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Es una encíclica de carácter eurocéntrico y, para el caso, continentalmente eurocéntrica. No se refiere a los Estados Unidos o a Gran Bretaña ni, en forma directa, al liberalismo o a la democracia. Tampoco contiene alusiones a las disparidades de riqueza entre las naciones, ya fuera en Europa o en las colonias y ex colonias europeas. El lector moderno puede llegar a percibir, anacrónicamente, tales rasgos como omisiones en el pensamiento de León XIII, pero son, en verdad, un indicio claro de la evolución que auspiciaba precisamente *Rerum novarum* dentro de la enseñanza social de la Iglesia Católica.

Los temas que la Iglesia Católica ha de abordar ahora en el área de las políticas sociales son, en parte, la culminación del proyecto de León XIII

<sup>6</sup> Michael Novak, *Catholic Social Thought and Liberal Institutions: Freedom with Justice* (New Brunswick, N. J.: Transaction Publishers, 2ª edición, 1989), p. 110.

y también el resultado de los grandes cambios políticos y religiosos acaecidos desde su muerte en 1903. Hemos asistido a dos guerras mundiales y a una gran depresión financiera, seguida por el renacimiento del poderío económico occidental, el desmantelamiento de los imperios coloniales británico y francés y el surgimiento del llamado Tercer Mundo. No es fácil imaginar hoy, tras el colapso de la Unión Soviética, qué va a ocurrir con China, Cuba y Vietnam. Queda abierta la pregunta de si Europa logrará conservar su antiguo predominio: Japón se ha convertido en un coloso económico y el mundo entero está ahora consciente del daño generalizado al medio ambiente que ha acompañado al crecimiento industrial.

Los cambios en la Iglesia Católica son, a la vez, muy significativos. El concordato con Mussolini, en 1929, liberó finalmente a la institución de la pesada carga de los Estados papales, de modo tal que el Vaticano dejó de constituir el gran obstáculo al nacionalismo italiano y no está ya embrollado en guerras o asuntos de gobierno. Por primera vez en más de quinientos años, el Papa no es italiano y tampoco hay mayoría de italianos en el Colegio de Cardenales o en la cúpula de la curia romana. Buena parte de los católicos se halla ahora fuera de Europa, y muy pronto, si no al presente, la mayoría de ellos no será de raza blanca. Los centros vitales del catolicismo están hoy en África, Asia e incluso en América del Sur, pese al progreso espectacular de las sectas protestantes en algunas regiones de este continente.

El Concilio Vaticano Segundo constituyó un nuevo punto de partida que produjo cambios profundos, incluso revolucionarios, cuyas consecuencias, buscadas y no buscadas, han sido asombrosas. El Concilio reforzó la autoridad de los obispos locales, introduciendo la ventaja de la cooperación ecuménica con otros cristianos, y dio pie a una opción cada vez más explícita de la Iglesia por los pobres y los oprimidos, lo cual tuvo efectos apreciables en América del Sur y Centroamérica y trajo consigo nuevos y fundamentales alineamientos políticos. Han transcurrido más de quince años desde que Nelson Rockefeller volvió de una gira por América Latina anunciando que no era posible ya confiar en la Iglesia Católica como un aliado de los intereses norteamericanos. En términos más generales, la postura de la Iglesia cambió desde la reticencia, e incluso la franca hostilidad hacia las fuerzas "progresistas" del orbe, a un diálogo cordial y a la cooperación con todos los hombres de buena voluntad.

Ello se ha traducido en resultados mixtos. Antes de su muerte, en 1978, incluso el Papa Paulo VI hablaba del "efluvio de Satán" en el seno de la Iglesia. No ha habido un rebrote de la fe y la práctica católica en Occidente. De hecho, la Iglesia se ha visto virtualmente abatida en algunos países como Holanda, y seriamente dañada en algunas partes del Canadá de habla france-

sa. Sin embargo, la nueva libertad de que disfrutaban los católicos de la Europa Central y Oriental, tras la debacle del comunismo, debe anotarse al otro lado de la balanza, tal como su rápida expansión en Aftinca (aun así, más lenta que la expansión islámica) y en ciertas regiones de Asia, como en Corea.

El desafío que plantea la secularización en los países avanzados no se limita a la erosión de la práctica religiosa habitual, sino al debate, no siempre adecuado, sobre la verdadera naturaleza del catolicismo. Los católicos angloparlantes han emergido de sus reductos fortificados y, en su anhelo febril de respetabilidad y de riquezas, corren ahora el riesgo de traicionar su legado. Ciertos problemas como la moral sexual, la posible ordenación sacerdotal de mujeres y la admisión de clérigos casados en el rito latino son de importancia crucial, pues atañen a los fundamentos del catolicismo. El reciente instructivo del Vaticano sobre la vocación de los teólogos<sup>7</sup> ha sido interpretado por algunos sectores como un ataque a la libertad académica e incluso como el anhelo de obstruir toda labor teológica creativa. No se trata de eso, ciertamente. Los límites a la libertad académica de quienes se dicen católicos es, desde luego, un tema a considerar. La pregunta fundamental es si debería haber límites reconocibles en la enseñanza católica de la fe y la moral: si debería permitirse a las instituciones católicas navegar a la deriva, con elementos tomados de la corriente principal del protestantismo, hacia el terreno pantanoso de la teología desacralizadora, liberalizada, donde es posible sostener prácticamente cualquier cosa, siempre que se respeten las reglas del debate y no se conceda a Dios un lugar demasiado relevante. Esta opción extrema no se corresponde con el catolicismo y no logrará subsistir, pero la Declaración de Colonia de 1989 (firmada por 163 teólogos disidentes) y otras objeciones similares formuladas por teólogos de varios otros países, incluido Estados Unidos, demuestran que hay en ciernes una larga batalla por delante, ante todo en el ámbito académico. Es probable que todo ello consiga distraer y debilitar a la Iglesia y limitar sus nuevas oportunidades de influir en la esfera pública, en especial en el mundo de habla inglesa. La amarga y nociva disputa en torno a la ordenación de mujeres en las comunidades anglicanas es una sana advertencia contra cualquier afán de emulación.

En esta época de grandes cambios y oportunidades, la Iglesia Católica ha sido excepcionalmente bendecida en la persona del Papa Juan Pablo II.<sup>8</sup> Su asequibilidad durante el medio centenar de viajes misionales a casi todas las

<sup>7</sup> Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instruction on the Ecclesial Vocation of the Theologian* (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1990), p. 28.

<sup>8</sup> Hay, desde ya, una gigante industria biográfica en torno al Papa Juan Pablo II. Las tres obras que aquí se mencionan ejemplifican diferentes enfoques, Paul

naciones del mundo (salvo Rusia y China) ha redundado en que lo haya visto y escuchado, en persona, más gente que a ningún otro hombre en la historia. Con todo, la enorme popularidad de que goza no debe opacar su prestigio real y sus logros. Desde cualquier perspectiva que se le juzgue, ya sea por su sufrimiento personal, sus escritos o sus dones, es uno de los pocos hombres que en dos mil años de historia reúne prácticamente todas las condiciones para ser verdaderamente Vicario de Cristo y líder de 900 millones de católicos. Es el único Papa —posiblemente desde que la Iglesia emergió de las catacumbas con Constantino, el primer Emperador cristiano— que ha sido previamente un trabajador manual. Uno de mis antiguos párrocos solía recordarme que Juan Pablo II consideraba mucho más dignos sus dos años de labor manual en las canteras y en una fábrica que sus dos doctorados. Estudiante del teatro antes de convertirse en seminarista, poeta y dramaturgo él mismo, es una figura pública con múltiples y excepcionales realizaciones.

Timothy Garton Ash ha escrito que la visita papal a Polonia en 1979 fue el hecho aislado más importante en la transformación reciente de la Europa del Este.<sup>9</sup> Estoy convencido de que el intento de asesinar al Papa en 1981 fue consecuencia, precisamente, de la esperanza popular que suscitaba. En el último Sínodo de Obispos en Roma, al cual asistieron por primera vez obispos de muchos países antes sometidos al comunismo, fue conmovedor escuchar el testimonio de los obispos respecto del sufrimiento de sus respectivos pueblos y oírles reconocer el papel fundamental del Papa en las transformaciones acaecidas. Algunos de ellos habían permanecido varios años en prisión. Recuerdo que un semanario italiano de inspiración laica lo motejó entonces de ¡segundo Moisés!

Con todo, al interior de la propia Iglesia, Juan Pablo no es una figura ajena a la controversia. Su determinación en favor del dogma y la moral tradicional, incluida su oposición al control artificial de la natalidad y su

Johnson, *Pope John Paul II and the Catholic Restoration* (Londres: Weindenfeld and Nicolson, 1982), es favorable al Pontífice; Frank Lake, *With Resped: A Doctor's Response to a Healing Pope* (Londres: Darton, Longman and Todd, 1982), lo aprueba con interesantes reservas; Peter Hebblethwaite, *Introducing John Paul II* (Londres: Collins, 1982), es escéptico e incluso hostil.

<sup>9</sup> Véase Timothy Garton Ash, "Eastern Europe: The Year of Truth", *New York Review of Books*, 15 de febrero, 1990, p. 17: "Si tuviera que señalar una única fecha del 'principio del fin' en esta historia oculta de la Europa Oriental, diría, quizás: junio de 1979. Puede que sea un juicio 'polacocéntrico' en extremo, pero creo sinceramente que la primera peregrinación del Papa a Polonia fue el momento decisivo".

negativa a consentir el sacerdocio femenino o la ordenación de hombres casados, lo han enfrentado a la opinión de los sectores católicos más liberales.<sup>10</sup> También ha provocado controversia en la esfera sociopolítica su resuelta oposición al sustrato marxista de la Teología de la Liberación. Los muchos años que vivió bajo el comunismo lo sitúan en una posición inmejorable —mejor que la que habría tenido cualquier otro Papa occidental— para insistir en la ayuda que debe brindárseles a los más pobres y en la inutilidad, en términos económicos y religiosos, de asimilar el análisis y las ideas marxistas. Esta batalla no ha concluido. Bien puede ser que los últimos marxistas del orbe se hallen entre la *intelligentsia* católica de América del Sur, que todavía insisten, porfiada y aplicadamente, en restarle importancia al fracaso económico del comunismo en todas partes.

El Papa es un hombre de formación universitaria. Antes de su consagración pasó la mayor parte de su vida en las aulas y siguió practicando la docencia durante algunos años después de ser consagrado obispo. No debe sorprendernos, entonces, que haya continuado y ampliado el diálogo entre los órganos del Vaticano y el mundo del saber. El Pontificio Consejo de Justicia y Paz es claro ejemplo de ello, compuesto de veinticinco hombres y mujeres, laicos y religiosos, incluidos algunos obispos y trabajadores sociales, un ex presidente latinoamericano y un sacerdote (que se describe a sí mismo como un viejo amigo de los comunistas), media docena de académicos, incluido un especialista en el tráfico de armas, y el vicepresidente de un banco estadounidense. En noviembre de 1990, el Consejo propició un encuentro de quince destacados economistas occidentales en ética y economía, reunión que el Santo Padre presidió personalmente.

No es preciso insistir en las ventajas de este tipo de trabajo. Sin embargo, merece destacarse que el documento elaborado por el Consejo en torno a la cuestión del endeudamiento internacional ha sido de importancia decisiva para situar el problema financiero en un contexto ético apropiado.<sup>11</sup> Tales actividades simbolizan de manera muy importante la voluntad de la Iglesia de escuchar y aprender, entregando la perspectiva de una tradición viva que sirva de inspiración a especialistas y profesionales en todo lo que atañe al bienestar de la sociedad. En esta nueva situación y habiendo reco-

<sup>10</sup> Clifford Longley, "The New Inquisition of Pope John Paul II", *The Australian*, 26 de julio del 1989, p. 15.

<sup>11</sup> Pontificio Consejo de Justicia y Paz, *An Ethical Approach to the International Debt Question* (Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 27 de diciembre, 1986).



nocido la importancia de las políticas y planteamientos del Santo Padre ¿cómo podemos reafirmar la vocación cristiana por la justicia social?

Juan Pablo II ha continuado su labor en tal sentido a través de encíclicas como *Laborem exercens*, *Sollicitudo rei socialis* y, más recientemente, *Centesimus annus*. En esta carta conmemorativa, el Pontífice reconoce que en *Rerum novarum* León XIII había engendrado "un paradigma permanente para la Iglesia" (Nº 5). Inspirado en la historia evangélica del propietario que saca a relucir de su tesoro lo viejo y lo nuevo, Juan Pablo explica que lo viejo del tesoro "es la gran corriente de la tradición de la Iglesia (...) que permite descubrir las 'cosas nuevas', en medio de las cuales transcurre la vida de la Iglesia y del mundo" (Nº 3).

Mientras que *Rerum novarum* hizo su aparición cuando la Iglesia se hallaba replegada en términos políticos e intelectuales, *Centesimus annus* fue escrita sólo unos meses después del colapso del comunismo en Europa y la desintegración del imperio soviético, cuyo propósito original era liberar al mundo de la religión. No debe sorprendernos que Juan Pablo II se explaye en torno a los acontecimientos de 1989. Muchos en Occidente perciben la debacle del comunismo como una consecuencia directa de la ineficiencia económica. El Papa insiste en que las causas de ello son más profundas y complejas, rindiendo un justificado tributo a la defensa eclesíástica de los derechos humanos y al heroico sufrimiento de muchos cristianos y hombres de buena voluntad. Cabe reiterar que el Papa considera que la rebelión de los trabajadores polacos contra la violación de sus derechos y las ineficiencias del sistema económico, liderada por el movimiento "Solidaridad", tuvo un efecto gatillador en el colapso del imperio soviético: un hecho sin precedentes, por su cualidad repentina y la ausencia relativa de violencia con la que ocurrió (Nºs 23-24).

La batalla y la crisis no eran puramente económicas o técnicas, sino en última instancia culturales y espirituales, en la medida en que la Iglesia y los trabajadores se unieron como no lo habían hecho en el continente europeo desde el inicio de la Revolución Industrial: "El punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande: el misterio de Dios. Las culturas de las diversas naciones son, en el fondo, otras tantas maneras diversas de plantear la pregunta acerca del sentido de la existencia personal. Cuando esta pregunta es eliminada, se corrompen la cultura y la vida moral de las naciones" (Nº 24).

La reciente y equilibrada declaración de los obispos estadounidenses a raíz del centenario de *Rerum novarum* ha captado también la esencia y la dimensión de fe de nuestra labor en pro de la justicia social: "Nuestra fe nos llama a trabajar por la justicia, a servir a quienes lo necesitan, a buscar la

paz y defender la vida, la dignidad y los derechos de nuestros hermanos y hermanas. Este es el llamado de Jesús, el desafío de los profetas y la tradición viva de nuestra Iglesia".<sup>12</sup> Una tradición históricamente caracterizada por sus matizaciones, un matrimonio de los Evangelios con elementos de la *philosophia perennis*, especialmente de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, que la Iglesia hizo suya tiempo ha. Es sumamente improbable que haya cambios radicales en esta postura, aun cuando nuevos acontecimientos y reflexiones la han llevado a un desarrollo continuo.

La vocación cristiana en pro de la justicia social es pane de nuestra tradición religiosa, "una dimensión constitutiva de nuestra respuesta al Evangelio".<sup>13</sup> Mientras que la santidad, como se encarna en San Vicente de Paul, Antoine Frédéric Ozanam, San Juan Bosco o la Madre Teresa de Calcuta, es el punto culminante de la *praxis* social de la Iglesia, "la economía de la salvación" —como ha hecho notar De Laubier— "no excluye una economía social y política eficaz. Incluso otorga una significación a dicha economía".<sup>14</sup> Hay buenas razones que explican por qué la enseñanza social del catolicismo no es una tercera vía entre el comunismo y el capitalismo<sup>15</sup> —entre ellas, y no es la menos relevante, está el hecho de que los postulados económicos del marxismo han perdido credibilidad—, pero la Iglesia ha sido, a la vez, crítica de la dinámica capitalista y ha habido al respecto una insistencia inflexible, si bien oscilante, en ciertas dudas y reservas manifestadas desde León XIII a Juan Pablo II, lo cual debería atenuar los clamores más vociferantes de los adalides del mercado en ésta, su hora de triunfo. La mayoría de las economías más avanzadas, salvo Alemania y Japón, están sumidas en la crisis del endeudamiento, y hemos presenciado hace poco el colapso de importantes entidades financieras en los Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia, una caída en el ritmo de la actividad en Japón, el endeudamiento masivo de algunos de los países más prósperos del orbe, la inflación desbocada en América del Sur y los alarmantes quiebres institucionales en África.

Aunque tales limitaciones del capitalismo sean evidentes, tanto para quienes conocen como para quienes no conocen la doctrina social de nuestra Iglesia, no suele concedérseles la debida importancia como una explica-

<sup>12</sup> Obispos Católicos de los Estados Unidos, "Pastoral Message for the Centenary of *Rerum Novarum*", *Origins*, 22 de noviembre de 1990, p. 394.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p.395.

<sup>14</sup> P. de Laubier, "The Social Doctrine of the Church", texto presentado ante el Pontificio Consejo de Justicia y Paz, Roma, 30 de enero de 1991.

<sup>15</sup> Véase *Sollicitudo rei socialis* (1987), N° 41.

ción adicional de las continuas reservas de la Iglesia. Ocurre que la mayoría de los gobiernos occidentales se encuentran experimentando sus propias "terceras vías": diversas mezclas de iniciativa privada y control gubernamental. Aspiramos a colaborar con tales experimentos y queremos contribuir a evaluar en qué medida encaman la esperanza cristiana y una civilización del amor. Para ser más concretos, como afirman los obispos estadounidenses, "la prueba moral fundamental para una sociedad es la situación de sus miembros más vulnerables".<sup>16</sup> Nuestras enseñanzas sociales no constituyen un primer paso vacilante de vuelta a la Edad Media, hacia una teocracia de signo clerical, ni se inspiran en la nostalgia de la Edad Media. Por cierto, Juan Pablo II tiene ideas muy precisas sobre los distintos roles del clero y de los laicos en la esfera política (que, al decir de sus críticos, fue dejado de lado en Polonia) y ha prohibido la intervención de los sacerdotes en la vida política, en especial donde hay abundancia de laicos competentes.<sup>17</sup>

Por tales razones, la enseñanza social de la Iglesia apela, ante todo, a la responsabilidad y a la conciencia individuales, más que a ninguna receta de ingeniería social, y considera el problema como una cuestión de principios de la que se puede derivar una multiplicidad de aplicaciones prudenciales. Es una teoría centrada en el ser humano y su dignidad antes que en los esquemas o las instituciones. Los líderes de la Iglesia debieran promover la aceptación de los principios básicos de la moral cristiana, alentar la reflexión seria en torno a la tradición católica de la moral social e incentivar a los legos con convicciones católicas, que operan específicamente en el mundo, a que trabajen para mejorar la situación del hombre. El pluralismo político y económico entre los católicos angloparlantes es, a mi juicio, una necesidad, probablemente tan deseable como inevitable. Puede haber muchos programas diferentes, total o parcialmente inspirados en los valores cristianos, desarrollados de distintas maneras e incluso rivalizando entre sí. La Iglesia Católica no pretende imponer una camisa de fuerza económica o política a sus miembros, pero ha de recordarles las enseñanzas de Cristo acerca de los riesgos que supone la riqueza, de nuestra especial obligación con los pobres y las consecuencias eternas que puede tener el cerrar nuestros corazones y nuestro pecunio a quienes sufren hambre, están desnudos o encarcelados.<sup>18</sup>

<sup>16</sup> Obispos Católicos de los Estados Unidos, "Pastoral Message...", *op. cit.*, p.395.

<sup>17</sup> Un ejemplo de ello fue la renuncia forzada de Robert F. Drinan, sacerdote jesuita de Massachusetts, al Congreso de los Estados Unidos en 1980.

<sup>18</sup> Se cuenta que en cierta visita de la Madre Teresa de Calcuta a una cárcel, uno de los celadores le preguntó si tenía algún consejo que darles para mejorar las

Puesto que la Iglesia Católica es una religión y no un partido político o una institución de beneficencia social, no debe considerársela una fuente de la que manan ciertas prescripciones políticas o económicas, aunque determinadas opciones como el nazismo y el marxismo estén excluidas de antemano. Dicho esto, debemos conceder que en el pasado, y hasta que las encíclicas *Populorum progressio*, de Paulo VI, y *Centesimus annus*, de Juan Pablo II, rectificaron esta tendencia, la Iglesia se ha preocupado en exceso de la distribución de la riqueza y prestado escasa atención a su creación.

Aunque el Santo Padre insiste en que, incluso tras el fracaso del marxismo, el capitalismo no es el único modelo de desarrollo económico (Nº 35) —reiterando las objeciones papales tradicionales al capitalismo descarnado (Nº 42)—, en especial en los países más pobres (Nº 33), y advierte en contra del consumismo (Nº 36) y el endeudamiento externo excesivo, reconoce a la vez que "*el libre mercado* es el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades" (Nº 34).

El problema crucial sigue siendo la relación entre la eficiencia económica y la justicia social. Quizás el clero debiera promover también en los países más pobres una mayor discusión en torno a las condiciones y precondiciones necesarias para intensificar la actividad económica, al igual que la reflexión en torno a los constreñimientos morales que deben regular el funcionamiento del mercado. Esto no será una tarea fácil, si se considera el aumento de la preponderancia numérica de los no-europeos en el seno de la Iglesia Católica. La abrumadora mayoría de ellos es pobre; la envidia y hostilidad hacia el capitalismo persisten, y el escepticismo respecto de Estados Unidos y Europa parecen ser el punto de partida en la mayoría de los debates sobre estos problemas. Hará falta mucho coraje y sabiduría de parte de los líderes de la Iglesia para contrarrestar esa obsesión infructuosa que atribuye enteramente las culpas económicas a ciertos chivos expiatorios tradicionales, como las multinacionales, o echa mano a formulaciones simplistas como la teoría de la dependencia, que postula que el Sur es pobre porque el Norte es rico.

Tales presiones pueden adquirir una dimensión nueva si llegara a elegirse a un Papa proveniente de alguno de esos países más pobres. Muchos sienten hoy que es sólo cuestión de tiempo hasta que el Papa sea originario de Sudamérica. La razón por la que los pontífices fueron italianos durante

condiciones del penal. Ella contestó recordándole que al maltratar a uno de los reos, era al propio Cristo a quien se estaba maltratando. La respuesta puso término al diálogo, pero resume bellamente las enseñanzas de Cristo contenidas en el Evangelio de Mateo (25, 31-40) acerca de la separación final entre la oveja y las cabras, entre el condenado bueno y el descuidado.

quinientos años fue, en no escasa medida, la división de Italia y su relativa debilidad en el concierto de las naciones. Independientemente de los méritos de los candidatos, es poco probable —incluso puede que imposible— que haya un Papa oriundo de Estados Unidos mientras ese país conserve su posición dominante en la escena mundial.

La doctrina social de la Iglesia Católica puede aportar a las sociedades angloparlantes un contrapeso a las extravagancias de las modas económicas y una cuota de "corrección política". En tales sociedades, de signo pluralista, suele partirse de la base de que la autoridad adscribible a cualquier enseñanza en particular no es nunca concluyente, y que los cristianos han de debatir la utilidad social y la adecuación moral de sus opciones. Los cristianos no van a imponer sus enfoques a los demás, sino que, ejerciendo sus derechos democráticos, trabajarán para que ellos sean aceptados por la mayoría. Y habrá, a la vez, un intercambio en el otro sentido. Los países católicos tienen mucho que aprender, en ciertas áreas, de las naciones de habla inglesa, especialmente en lo que hace a las precondiciones políticas de una sociedad libre y próspera. El gobierno democrático representativo, el sistema legislativo bicameral, el rol constructivo de una oposición fuerte, la independencia de la judicatura, la libertad de prensa y el respeto a los derechos de las minorías pueden no ser apropiados en todos los lugares, pero nos han sido beneficiosos hasta aquí. La tarea primordial del cristiano es la de recordar al hombre la primacía de lo espiritual. En última instancia, una economía eficiente requiere de hombres honorables.

Hace un siglo, al escribir acerca de los Estados Unidos de América, Alexis de Tocqueville sostenía que la democracia y la igualdad "predisponen el corazón a un amor desmesurado por la gratificación material", y que la gran ventaja de la religión es la de "inspirar principios diametralmente opuestos", por sobre las sensaciones y posesiones terrenas.<sup>19</sup> Esto sigue siendo relevante para la Iglesia, y todavía más difícil de conseguir hoy en día, aun cuando se vislumbra una reacción incipiente en contra de la proclama de Gordon Gekko, "la codicia es recomendable", el eslogan de los ochenta. Los católicos y otras fuerzas a favor de la vida habrán de proseguir, por otra parte, su dura batalla para proteger los derechos humanos desde el útero hasta la sepultura. Esta continuará siendo una área crucial, en la que el humanismo cristiano y muchos humanistas laicos concordarán, probablemente, en términos amplios y muy provechosos. La Iglesia necesita delimi-

<sup>19</sup> Alexis de Tocqueville, *Democracy in America* (2 tomos), tomo 2, traducido al inglés por Henry Reeve, Rev. Francis Bowen y Phillips Bradley (Nueva York: Vintage Books, 1990), libro I, capítulo 5, p. 22.

tar claramente hacia dónde nos dirigimos, algo que a menudo quedó obnubilado cuando las fuerzas contrarias a la vida iniciaron su arremetida en pos de las reformas legales.

El Cardenal John O'Connor de Nueva York ha enunciado con meridiana claridad cierta conexión singular: "Yo predigo que el 'derecho a morir' hará que el fenómeno del aborto, en magnitud, cantidad y horror, resulte diminuto. En la medida en que las madres se conviertan en agentes legalizados de la muerte de sus vastagos, los niños se transformarán eventualmente en agentes legalizados de la muerte de sus madres y de sus padres. El derecho legal de estos últimos a defender su vida no será mayor que el derecho que actualmente tienen a proteger la vida de sus hijos aún por nacer".<sup>20</sup> La dureza de esta batalla en particular, aun al interior de la Iglesia Católica, es un costo que habrá que sobrellevar, aunque sea con reticencias.

De igual modo, cualquier programa de justicia social que se lleve a cabo en el mundo de habla inglesa habrá de naufragar si no se hace un esfuerzo constructivo para resaltar y fortalecer la vida familiar. Estos esfuerzos no requieren de mayores justificaciones, pero son, hoy en día, especialmente necesarios a causa de los costos humanos y financieros de las rupturas familiares. Ninguna sociedad civilizada puede permitirse tanta complacencia ante el aumento evidente de un sector marginal lastrado por la guerra de pandillas y los quiebres familiares, los padres solteros y los niños abandonados a su suerte, el alcoholismo y el abuso de las drogas. El espectro de América del Sur, donde algunas estimaciones indican que veinte millones de niños viven en las calles, debiera llevarnos a plantear con coraje que los remedios actuales no están poniendo freno a esa situación, mucho menos revirtiendo el daño. El costo de la epidemia del SIDA es otro factor abrumador. Los que sufren de este flagelo merecen el respeto y cuidado que todo ser humano debe tener, y no resulta difícil suponer que el papel de la Iglesia en este sentido será cada día más importante, a medida que las actitudes públicas ante el fenómeno tiendan a endurecerse. Esto no significa que el gobierno deba propiciar la homosexualidad o que ella sea realizada como una actividad humana apropiada. Ni las relaciones homosexuales ni los acuerdos heterosexuales *de facto* deberían gozar de un *status* legal equivalente al matrimonio, ni el contrato matrimonial debe quedar sujeto a la posibilidad de ruptura con total impunidad.

Nos preocupa con razón el daño que el comportamiento irresponsable pueda infligir a la salud de las personas y al medio ambiente. Igualmente

<sup>20</sup>*New Covenant*, mayo 1989, pp. 23-24.

debería preocuparnos el daño ocasionado al medio ambiente moral, en especial cuando ello afecta a la juventud, no sólo por las horribles consecuencias que trae consigo la adicción a las drogas y el alcohol, sino también por los efectos de la violencia y la pornografía. ¿Cuánto tiempo puede sobrevivir una sociedad civil en la que los medios de comunicación difunden continuamente alicientes gráficos que promueven el hedonismo, ofreciendo contenidos pornográficos en los cines y videos y, de modo generalizado, en las gradaciones sutiles, próximas a la pornografía, habitualmente disponibles en programas televisivos de fácil acceso? Antes de convertirse al catolicismo, Malcolm Muggeridge escribió que los buenos cristianos del futuro no tendrán televisor, igual que los buenos cristianos del Imperio Romano no asistían a los torneos en que los gladiadores peleaban hasta darse muerte. En el pasado, la familia, la escuela y la religión proveían de antidotos contra las influencias externas nocivas, pero hoy en día estas tres instituciones están debilitadas, en especial entre los sectores más desvalidos. Toda sociedad requiere de autoridad y tradición, tanto para el ordenamiento y la purificación de la sexualidad, ese "fuego sagrado", como para incentivar a la vez el orden, la autodisciplina y el altruismo. Toda sociedad necesita de Dios.

El Estado habrá de esforzarse aún más para proteger a los débiles de los daños que pueden llegar a sufrir en tales áreas. Bien puede ocurrir que la catástrofe del SIDA —en términos humanos y financieros— se convierta en el factor catalizador. La tarea consistirá ahora en preservar sociedades decentes, tolerantes y pluralistas, evitando caer en la tentación de emplear la represión draconiana y la censura. Hay quienes no consideran tales cuestiones dentro de las preocupaciones tradicionales de la justicia social, pero tal como el acceso a la educación es parte esencial de cualquier intento por alcanzar la justicia en una sociedad avanzada, el respeto profundo por la vida, la familia y la decencia son aspectos esenciales de la existencia civilizada.

Como obispo católico, no considero que mi papel en Australia, y todavía menos en los Estados Unidos, consista en enunciar una serie obligatoria de opciones económicas. Lo mismo estima Juan Pablo II. *Centesimus annus* "no pretende dar juicios definitivos, ya que de por sí no atañe al ámbito específico del Magisterio" (Nº 3). La gente precisa de bastante más que de algunas generalidades para poder analizar y actuar, pero la Iglesia no puede imponer opciones económicas, y su diseño y definición corresponden a otros. Con todo, sí suscribo, para consideración y guía de acción, el contenido general de *Rerum novarum*, que sigue ofreciendo un criterio excepcionalmente bueno para juzgar la vida económica. Cuando se fundan en

el servicio auténtico y consistente a favor de los pobres, los dogmas esenciales de la enseñanza social de la Iglesia brindan el marco apropiado para el gobierno y la vida económica.

León XIII puso una vez más a la Iglesia en la dirección correcta. Aunque se mantuvo rigurosamente fiel a la esencia de la fe católica, rompió los débiles lazos que aún la ataban a un orden social desaparecido. Vino a respaldar los esfuerzos que realizaban en forma aislada algunos miembros del clero en el continente europeo, para unir de nuevo a la Iglesia con los trabajadores, que conformaban el proletariado urbano. Este proceso no ha concluido, pero ha generado ya un resultado espectacular en el movimiento polaco "Solidaridad". La aprobación que dio León XIII a los sindicatos fue un factor decisivo para convertirlos en parte integral de la sociedad occidental. El éxito de los sindicatos fue, a la vez, una razón importante del fracaso de la predicción de Marx respecto del empobrecimiento creciente de la clase trabajadora en las sociedades capitalistas.

Hoy podemos continuar la fructífera labor de León XIII. El catolicismo es una fuente permanente de autoridad y tradición, un faro en nuestra sociedad pluralista. El Estado moderno, secular y de inspiración liberal, requiere de la cristiandad para transmitir esperanza, inspirar una vocación de servicio y alentar la autocontención. Por esto, me complace dejar la última palabra a un periodista londinense, quien, al comentar *Centesimus annus*, escribió lo siguiente:

Puede que otros lean en ella toda suerte de matizaciones eclesiásticas excluyentes entre sí, o se burlen de los esfuerzos que hacen los publicistas del Vaticano para difundir esta encíclica. No siendo católico, prefiero pensar que las palabras de Juan Pablo II son auténticas. La intolerancia religiosa puede revestir un carácter sangriento, como bien lo han demostrado los acontecimientos en el Medio Oriente; pero la ausencia de toda religión es, como lo vislumbró John Lennon, una perspectiva aterradora. Haría que la humanidad, armada hasta los dientes, regresara a un estado salvaje. Todos necesitamos del Papa y sus encíclicas. De no existir nada de ello, sería preciso inventarlo.<sup>21</sup>□

<sup>21</sup> Joe Rogaly, *The Financial Times*, Londres, 3 de mayo de 1991, p.15.